

**LAS CRIATURAS
PRIMITIVAS**

El *Vishnu Purâna* describe estas criaturas primitivas (Tiryaksrotas) con canales digestivos torcidos.

[Estaban] dotados de manifestaciones internas, pero ignoraban su especie y naturaleza¹.

Las veintiocho clases de *Badhas*, o “imperfecciones”, no se aplican, como creyó Wilson, a los animales actualmente conocidos, especificados por él, pues no existían en aquellos períodos geológicos. la cosa está bien clara en la expresada obra, en la cual los primeros creados son “el quíntuple mundo (inmóvil)”, minerales y vegetales; luego vienen esos animales fabulosos, Tiryaksrotas, los monstruos del abismo, muertos por los “Señores” de las Estancias II y III.; luego los Úrdhvasrotas, los dichosos seres celestiales, que se alimentan de ambrosía; y últimamente los Arvâksrotas, seres humanos, llamados la séptima “creación” de Brahmâ. Pero estas “creaciones”, incluso la última, dondequiera que ocurrieran, no tuvieron lugar en este globo. Brahmâ no es quien crea las cosas y los hombres en esta tierra, sino el jefe y señor de los Prajâpatis, los señores del ser y de

1 *Ob. cit.*, Witson; I, pág. 72, trad. de Fitzedward Hall.

la creación terrestre. “Obedeciendo al mandato de Brahmâ”, Daksa —la síntesis, o agregado, de los creadores y progenitores terrestres, incluso los Pítris— hizo cosas superiores e inferiores (vara y avara), “refiriéndose a la progenie putra” y a los “bípedos y cuadrúpedos, y subsiguientemente, por su voluntad [haciendo referencia a los hijos de la voluntad y del yoga], dio el ser a hembras”², esto es, separó a los andróginos. Aquí también tenemos “bípedos”, u hombres, creados antes que los “cuadrúpedos” como en las enseñanzas esotéricas.

Dado que, en los relatos esotéricos, los Asuras son los primeros seres creados del “cuerpo de la noche”, mientras que los Pitris salen del cuerpo del “crepúsculo”; y que en el Vishnu Purâna Parâshara coloca a los “Dioses” entre los dos, desarrollándose del “cuerpo del día”, es fácil descubrir un propósito determinado de velar el orden de la creación. El hombre es el Arvâksrota procedente del “cuerpo del amanecer”; y en otra parte se menciona nuevamente al hombre, cuando al creador del mundo, Brahmâ, se le representa “creando seres fieros, que fueron denominados Bhûtas, y comedores de carne”, o como dice el texto, “demonios espantosos por ser del color de monos, y carnívoros”³. Los Râkshasas son generalmente interpretados como “malos espíritus” y “enemigos de los Dioses”, lo cual ha identifica con los Asuras. En el Râmâyana, cuando Hanuman está haciendo un reconocimiento del enemigo en lankâ, encuentra allí Râkshasas en parte horribles, “mientras que algunos eran de hermosísima apariencia”; y en el Vishnu Purâna hay una indicación directa a que ellos se convirtieron en los Salvadores de la “humanidad” o de Brahmâ.

La alegoría es muy ingeniosa. Una gran inteligencia y demasiado conocimiento son un arma de dos filos en la vida, e instrumentos tanto para el mal como para el bien. Si se combinan con el egoísmo, hacen de toda la humanidad un pedestal para la elevación

² *Ibid.*, II, pág. 10.

³ *Ibid.*, I, pág. 83.

del que los posee, y un medio para el logro de sus deseos; al paso que, aplicados a fines altruistas y humanitarios, se convierten en los medios de la salvación de muchos. En todo caso, la carencia de propia conciencia e inteligencia hace del hombre un idiota, un bruto en forma humana. Brahmâ es Mahat, la mente universal; de aquí que los demasiado egoístas entre los Râkshasas muestren el deseo de posesionarse de aquel, de “devorar” a Mahat. La alegoría es transparente.

En todo caso, la filosofía esotérica identifica los Asuras prebrahmánicos, Rudras⁴ Râkshasas y todos los “adversarios” de los Dioses en las alegorías, con los egos que, encarnando en los hombres de la tercera raza, hasta entonces sin entendimiento, los hicieron conscientemente inmortales. Ellos son, pues, durante el ciclo de encarnaciones, el verdadero logos dual, el principio divino de dos caras, que está en el hombre en conflicto. El comentario que sigue y las próximas estancias arrojarán, sin duda alguna, más luz sobre esta difícil doctrina, pero la autora no se cree lo bastante competente para exponerla por completo. Al menos respecto de la sucesión de razas, dice el comentario:

Primeramente vienen los existentes por sí mismos sobre esta tierra. Son las “vidas espirituales” proyectadas por la voluntad y ley absolutas, al amanecer de cada renacimiento de los mundos. Estas vidas son los “Shistha” divinos [los Manus-gérmenes, o los Prajâpatis y los Pitris].

De estos proceden:

1. La primera raza, los “Nacidos por sí mismos”, que son las sombras [astrales] de sus progenitores. El cuerpo carecía de todo

⁴ A quienes Manu llama “abuelos paternos” (III, 284). Los Rudras son las siete manifestaciones de Rudra-Shiva, el “Dios destructor”, y también el gran Yogui y Asceta.

entendimiento [mente, inteligencia y voluntad]. el ser interno [el yo superior o Mónada], aun cuando dentro de la forma terrestre, no estaba en relación con ella. El eslabón, el Manas, no estaba allí aún.

2. De la primera [raza] emanó la segunda, llamada la “Exudada”⁵ y la “sin huesos”. Esta es la segunda raza-raíz dotada por los

5 Decir a la faz de la moderna genealogía del hombre que la vida y que la especie humana se han originado de este modo absurdo, anticientífico, equivale a solicitar la aniquilación instantánea. La Doctrina Secreta, sin embargo, afronta el riesgo, y hasta llega a pedir al lector imparcial que compare la hipótesis anterior (si es tal hipótesis) con la teoría de Hæckel (que rápidamente se está convirtiendo ahora en un axioma para la ciencia), y que citamos al pie de la letra como sigue:

“¿Cómo brotó la vida, el mundo de los organismos vivientes? Y en segundo lugar, la cuestión especial:

¿Cómo se originó la raza humana? La primera de estas preguntas, la de la primera aparición de seres vivos, solo puede resolverse empíricamente por la prueba de la llamada Archibiosis o generación equívoca, o producción espontánea de organismos de la especie más simple imaginable. Tales son las Móneras (Protogenes, Protamæba, Protomyxa, Vampyrella), masas de protoplasma excesivamente simples y microscópicas, sin estructura ni organización, que se nutren y se reproducen por división. Semejante Mónera, que es ese organismo primordial descubierto por el famoso zoólogo inglés Huxley, y llamado Bathybius Hæckelii, aparece como una espesa y continua cubierta protoplásmica en las mayores profundidades del Océano, entre 3000 y 30 000 pies. Es verdad que la primera aparición de semejante Mónera no ha sido hasta ahora efectivamente observada; pero nada hay intrínsecamente improbable en semejante Evolución”. (*The Pedigree of Man*, traducción de Aveling, pág. 33).

Ahora bien; comoquiera que el protoplasma del Bathybius se ha descubierto últimamente que no es ninguna sustancia orgánica, poco hay que añadir. Ni tampoco, después de leer lo anterior, es necesario invertir más tiempo en refutar el siguiente aserto de que: “En este caso el hombre se ha originado sin género de duda [para la mente de Hæckel y los que como él discursen] de los mamíferos inferiores, los monos, las criaturas simias primitivas, de los anteriores Marsupiales, Anfibios y Peces aún más primitivos, por transformaciones sucesivas” (pág. 36), producido todo por una “serie de fuerzas naturales obrando ciegamente ... sin objeto ni designio alguno”.

Este párrafo que acabamos de citar, lleva en sí mismo su crítica. Se hace que la ciencia enseñe lo que hasta el presente “no ha sido nunca realmente observado”. Se la hace negar el fenómeno de una naturaleza inteligente y de una fuerza vital independiente de la forma y de la materia, y que se encuentre más científico el enseñar el trabajo milagroso de “fuerzas naturales, obrando ciegamente sin objeto ni designio”. Si es así, entonces nos vemos inducidos a pensar que las fuerzas físico-mecánicas de los cerebros de ciertas eminencias científicas les conducen ciegamente a sacrificar la lógica y el sentido común en el altar de la admiración mutua. ¿Por qué habría de considerarse el Móneron protoplásmico produciendo la primera criatura

preservadores [los Rákshasas]⁶ y los Dioses que encarnan [los Asuras y Kumâras] con la débil chispa primitiva [el germen de la inteligencia]...

Y de estos procede a su vez:

1. La tercera raza-raíz, los “duplos” [andróginos]. las primeras razas de la misma son cascarones, hasta que la última es “habitada” [esto es, animada] por los Dhyânîs.

La segunda raza, como se ha dicho ya, careciendo también de sexo, desarrolló de sí misma, en sus comienzos, la tercera raza andrógina por un proceso análogo, pero ya más complicado. Según lo describe el comentario, los más primitivos de esta raza, eran:

viva por la división propia, como una hipótesis muy científica, y una raza etérea prehumana que produce al hombre primordial del mismo modo, ha de despreciarse como una superstición anticientífica?

¿O es que el materialismo ha obtenido el monopolio exclusivo de la ciencia?

6. Los Rákshasas, considerados en la teología popular inda como demonios, son llamados los “preservadores” al otro lado de los Himalayas. Este doble significado tiene su origen en una alegoría filosófica, que los *Purânas* exponen de varios modos. Se declara en ellos que cuando Brahmâ creó a los demonios, los Yakshas (de *yaksh*, comer) y los Rákshasas, esas dos clases de demonios, tan pronto como nacieron, quisieron devorar a su Creador; “los que de entre ellos gritaron: ¡No, salvémosle (preservémosle)!, fueron llamados Rákshasas”. (*Vishnu Purâna*; Wilson, I, 82). El *Bhâgavata Purâna* (III, 20, 19-21; *Ibid.*, *loc. cit.*), expresa la alegoría de distinto modo. “Brahmâ se transformó en noche [o ignorancia] revestido de un cuerpo”. Los Yakshas y Rákshasas cogieron a este, exclamando: “No hay que dejarle, devóresele”. Brahmâ gritó: “No me devoréis, perdonadme”. Esto, por supuesto, tiene un sentido oculto. El “cuerpo de la noche” es la oscuridad de la ignorancia, y la oscuridad del silencio y del secreto. Ahora bien; los Rákshasas son presentados en casi todos los casos como Yogis, Sâdhus piadosos e Iniciados, ocupación verdaderamente impropia de demonios. El sentido es, pues, que al paso que tenemos el poder de disipar las tinieblas de la ignorancia —de “devorarla”—, debemos preservar la verdad sagrada de la profanación. “Brahmâ es solo para los brâhmanes” —dice esa orgullosa casta. La moral de la fábula es evidente.

Los “hijos del yoga pasivo”⁷. Salieron de los segundos Mánushyas [Raza humana], y se convirtieron en ovíparos. Las emanaciones que se desprendían de sus cuerpos durante las épocas de procreación eran ovulares; los pequeños núcleos esféricos se desarrollaban en un vehículo grande, blando y semejante a un huevo, que se endurecía gradualmente, y, después de un período de gestación, se rompía y salía de él el joven animal humano, sin más ayuda, como sucede con las aves en nuestra raza.

Esto debe parecer al lector ridículamente absurdo. Sin embargo, está estrictamente en las líneas de la analogía evolucionaria, que la ciencia percibe en el desarrollo de las especies animales vivientes. Primero la procreación semejante a la del Móneron, por “división propia”; luego, después de unas cuantas etapas, la ovípara, como en el caso de los reptiles, a los que siguen los pájaros; después, finalmente, los mamíferos con sus modos ovovivíparos de producir sus pequeñuelos.

Si el término ovovivíparo se aplica a algunos peces y reptiles que empollan sus huevos dentro de sus cuerpos, ¿por qué no habría de aplicarse a mamíferos hembras, incluso la mujer? El óvulo en el cual, después de la impregnación, se verifica el desarrollo del feto, es un huevo.

En todo caso este concepto es más filosófico que el de Eva, con una placenta creada repentinamente, dando a luz a Caín, a causa de la “manzana” cuando el mismo marsupial, el más primitivo de los mamíferos, no tiene aún placenta.

7 La evolución gradual del hombre en la Doctrina Secreta muestra que todas las razas últimas (para el profano las más primitivas) tuvieron su origen físico en la cuarta raza temprana. Pero la subraza que precedió a la que se separó sexualmente es la que debe considerarse como la de los antecesores espirituales de nuestras generaciones actuales, y especialmente de las razas orientales Arias. La idea de Weber de que la raza indogermánica haya precedido a la raza Védica Aria es, para los ocultistas, de lo más grotesco concebible.

Por otra parte, el orden progresivo de los métodos de reproducción, según lo ha revelado la ciencia, es una confirmación brillante de la etnología esotérica. Solo hace falta coordinar datos para probar nuestro aserto⁸.

FISIPARISMO

- a. Como se ha visto en la división en dos del punto homogéneo del Protoplasma, conocido como Móneron o Amaeba.
- b. Según se ha visto en la división de la célula nucleada, en que el núcleo se rompe en dos subnúcleos, los cuales, o bien se desarrollan dentro de la pared celular original, o la rompen y se multiplican al exterior como entidades independientes. (compárese la primera raza-raíz).

BROTACIÓN

Una pequeña parte de la estructura padre se hincha en la superficie y finalmente se separa, creciendo hasta el tamaño del organismo original; por ejemplo: muchos vegetales, la anémona marina, etc. (Compárese la segunda raza-raíz)⁹.

ESPOROS

Una sola célula expelida por el organismo padre, y que se desarrolle en un organismo multicelular que reproduce los rasgos de aquel, las bacterias y los musgos.

8 Compárese especialmente *Doctrine of Descent and Darwinism*, de Schmidt, págs. 39 y siguientes; y *A Modern Zoroastrian*, de Laing, páginas, 102-111.

9 Todos los procesos de curación y cicatrización en los grupos animales superiores, y hasta en el caso de la reproducción de miembros mutilados en los anfibios, se verifican por escisión (fisiparos) y gemación de los elementos rudimentarios morfológicos.

HERMAFRODITISMO INTERMEDIO

Órganos masculinos y femeninos inherentes a un mismo individuo; por ejemplo, la mayoría de las plantas, gusanos y caracoles, etc.; relacionado con la brotación. (Compárese segunda raza y la temprana tercera).

UNIÓN VERDADERAMENTE SEXUAL

(Compárese tercera raza ulterior).

Llegamos ahora a un punto importante respecto de la doble evolución de la raza humana. Los hijos de la sabiduría, o los Dhyânis espirituales se habían vuelto “intelectuales” por el contacto con la materia pues habían alcanzado ya en ciclos anteriores de encarnación ese grado de inteligencia que les permitía ser entidades independientes y conscientes en este plano de materia. Renacieron solo por razón de efectos kármicos. Entraron en aquellos que estaban “preparados”, convirtiéndose en los Arhats, o sabios, antes mencionados. Esto necesita una explicación.

No significa ello que unas Mónadas entraron en formas en que estaban ya otras Mónadas. Eran “esencias”, “inteligencias” y espíritus conscientes; entidades que buscaban hacerse aún más conscientes uniéndose con materia más desarrollada. Su esencia era demasiado pura para distinguirse de la esencia universal; pero sus “egos” o Manas (puesto que se llaman Mânasaputras, nacidos de Mahat o Brahmâ) tenían que pasar por experiencias humanas terrestres para llegar a ser todosabios y poder marchar por el ciclo ascendente de vuelta. Las Mónadas no son principios discretos, limitados o condicionados, sino rayos de aquel principio universal absoluto. La entrada de un rayo de sol siguiendo a otro a través de la misma abertura en una habitación oscura no constituiría dos rayos sino uno solo más intenso. No está en el curso de la ley natural que el hombre

pueda llegar a ser un ser septenario perfecto antes de la séptima raza en la séptima ronda. Sin embargo, tiene en él todos esos principios en estado latente desde su nacimiento. Tampoco forma parte de la ley evolucionaría que el quinto principio (Manas) alcance todo su desarrollo antes de la quinta ronda. Todas esas inteligencias prematuramente desarrolladas (en el plano espiritual) en nuestra raza, son anormales; son los que hemos llamado “seres de la quinta ronda”. Aun en la futura séptima raza, al final de esta cuarta ronda, al paso que nuestros cuatro principios inferiores estarán completamente desarrollados, el manas solo lo estará proporcionalmente. Esta limitación, sin embargo, se refiere solo al desarrollo espiritual. El intelectual, en el plano físico, se alcanzó durante la cuarta raza-raíz. Así, los que, estaban “medio preparados”, que no recibieron “sino una chispa”, constituyen la masa humana que tiene que adquirir su intelectualidad en la evolución Manvantárica presente, después de la cual estará pronta en la próxima para la recepción completa de los “hijos de la sabiduría”. Mientras que los que “no estaban preparados”, las Mónadas más tardías, que apenas habían salido de sus últimas formas animales transitorias inferiores al final de la tercera ronda, permanecieron siendo los de “cabeza estrecha” de la estancia. Esto explica la de otro modo incomprensible gradación de inteligencia que existe aún hoy entre las diversas razas de hombres, desde el salvaje bosquimano al europeo. Esas tribus salvajes, cuya facultad razonadora apenas pasa del nivel animal, no son los injustamente desheredados, o los no favorecidos, como algunos pueden creer, nada de eso. Son sencillamente los que llegaron los últimos entre las Mónadas humanas, que “no estaban preparados”; que tienen que desarrollarse durante la presente ronda, como también en los tres globos restantes, y por tanto, en cuatro planos de ser diferentes, a fin de alcanzar el nivel de la clase del término medio cuando lleguen a la quinta ronda. La siguiente observación puede ser útil al estudiante como materia para pensar sobre el asunto. Las Mónadas de los ejemplares inferiores de la humanidad, los isleños salvajes del

mar del sur de “cabeza estrecha”¹⁰, los africanos, los australianos, no tenían karma alguno que agotar cuando nacieron por vez primera como hombres, cual sucedía con sus hermanos más favorecidos en inteligencia. Los primeros están tejiendo su karma solo ahora: los últimos están cargados con karma pasado, presente y futuro. de suerte que en este punto el pobre salvaje es más afortunado que el genio más grande de los países civilizados.

Hagamos una pausa antes de continuar dando tales extrañas enseñanzas. Tratemos de averiguar hasta qué punto las antiguas escrituras, y aun la ciencia misma, permiten la posibilidad de tan sorprendentes datos como proporciona nuestra antropogénesis, o hasta los llega a corroborar claramente.

Recapitulando lo que ya se ha dicho, vemos que la Doctrina Secreta asigna al hombre: 1º un origen poligenésico; 2º, una diversidad de modos de procreación antes de que la humanidad cayese en el método ordinario de generación; 3º, que la evolución de los animales —por lo menos la de los mamíferos— sigue a la del hombre en lugar de precederla. Y esto es diametralmente opuesto a las

10 Este término no significa aquí ni el dolicocefalo ni el braquicefalo, ni tampoco cráneos de menor volumen, sino sencillamente cerebros que en general carecen de inteligencia. La teoría que juzga la capacidad intelectual de un hombre por la capacidad de su cráneo parece absurda e ilógica al que ha estudiado el asunto. Los cráneos de la Edad de Piedra, así como también los de las razas africanas (incluso los bosquimanos), muestran que los primeros más bien sobrepujan la capacidad media del cráneo del hombre moderno, y que los cráneos de los segundos son en conjunto (sucediendo lo mismo con los papúes y polinesios en general) una pulgada cúbica más grande que el del término medio de los franceses. Por otra parte, también la capacidad craneal del parisiense de hoy representa un término medio de 1437 centímetros cúbicos, contra 1523 que tiene la del Auvergnat. El término “de cabeza estrecha” pudiera, por otra parte, referirse a una especial conformación del cráneo. En la cabeza de una de las estatuas encontradas en la Isla de Pascua de que se ocupa la autora más adelante y que hemos podido examinar en la entrada del Museo de Mineralogía del Jardín de plantas de París, se nota que siendo la cara y la frente anchas y relativamente nobles, en cambio la distancia entre la frente y el occipucio es muy pequeña, es decir, son “cabezas estrechas”. Nota del revisor de la 2ª edición española.

teorías, generalmente aceptadas hoy, de la evolución y del descenso del hombre de un antecesor animal.

Dando al *César lo que es del César*, examinemos antes que nada la aceptación de la teoría poligenésica entre los hombres de ciencia.

Ahora la mayoría de los evolucionistas darwinianos se inclina a una explicación poligenésica del origen de las razas. En este particular, sin embargo, como en muchos otros casos, los hombres científicos andan a la buena ventura; concuerdan para ponerse en desacuerdo.

¿Desciende el hombre de una sola pareja o de varios grupos, monogenismo o poligenismo? En lo que uno puede decidirse respecto de lo que, dada la carencia de testigos, no será jamás conocido, la segunda hipótesis es con mucho la más probable¹¹.

Abel Hovelacque, en su *Science of language*, llega a una conclusión semejante, argumentando con la evidencia del alcance de un investigador lingüístico. En un discurso pronunciado ante la Asociación Británica, el profesor W. H. Flower hizo la siguiente observación sobre el asunto:

La opinión que parece concordar mejor con lo que se conoce de los caracteres y distribución de las razas del hombre... es una modificación de la hipótesis monogenista. Sin entrar en la difícil cuestión de cómo fue la primera aparición del hombre en el mundo, tenemos que asignarle una vasta antigüedad, por lo menos si se mide por cualquier método histórico. Si pudiésemos de algún modo disponer de anales paleontológicos completos, podría reconstruirse la historia del hombre, pero nada de esto es fácil que ocurra.

11 A. Lefèvre, *Philosophy*, pág. 498.

Semejante opinión debe considerarse como fatal al dogmatismo de los evolucionistas físicos, pues abre gran margen a las especulaciones ocultistas. Los adversarios de la teoría de Darwin eran y son aún poligenistas. “Gigantes intelectuales” tales como John Crawford y James Hunt discutieron el problema y favorecieron la poligénesis, y en su época había un sentimiento más fuerte en favor que en contra de esta teoría. Solo en 1864 fue cuando los darwinistas principiaron a aceptar la teoría de la unidad, de la cual los Sres. Huxley y Lubbock fueron los primeros corifeos.

Respecto de la otra cuestión de la prioridad del hombre a los animales en el orden de la evolución, la respuesta está pronta. Si el hombre es realmente el microcosmo del macrocosmo, entonces la enseñanza no tiene nada de imposible, y no es sino lógica. Porque el hombre se convierte en ese macrocosmo para los tres reinos inferiores bajo él. Hablando desde un punto de vista físico, todos los reinos inferiores, excepto el mineral —el cual es la luz misma cristalizada e inmetalizada, desde las plantas a las criaturas que precedieron a los primeros mamíferos, todos se han consolidado en sus estructuras físicas por medio del “polvo desechado” de aquellos minerales, y los residuos de materia humana, de cuerpos vivos y muertos de que se alimentaban y que dieron sus cuerpos externos. A su vez, también el hombre se hizo más físico reabsorbiendo en su sistema lo que había expelido, y que se había transformado en los crisoles animales vivos, por los cuales había ello pasado, debido a las transmutaciones alquímicas de la naturaleza. En aquellos tiempos existían animales que nuestros naturalistas modernos jamás han soñado; y mientras más fuerte se hacía el hombre material físico —los gigantes de aquellas épocas— tanto más poderosas eran sus emanaciones. Una vez que la “humanidad” andrógina se separó en sexos, transformados por la naturaleza en máquinas portadoras de criaturas, cesó de procrear sus semejantes por medio de gotas de energía vital que manaban del cuerpo. Pero cuando el hombre ignoraba aún sus poderes procreadores en el plano humano —antes de

su caída, como diría un creyente en Adán— toda esta energía vital que esparcía por todas partes, fue empleada por la naturaleza en la producción de las primeras formas animales mamíferas. La evolución es un ciclo eterno de devenir, se nos enseña; y la naturaleza jamás desperdicia un solo átomo. Además, desde el principio de la ronda, todo en la naturaleza tiende a convertirse en hombre. Todos los impulsos de la fuerza dual, centrífuga y centrípeta, se dirigen hacia un punto, el hombre. El progreso es la sucesión de los seres, dice Agassil:

Consiste en una similaridad creciente de la fauna viva, y sobre todo entre los vertebrados, en la progresiva semejanza con el hombre. El hombre es el fin hacia el cual ha tendido toda la creación animal desde que comenzaron a aparecer los primeros peces paleozoicos¹².

Precisamente; pero los “peces paleozoicos” están en la curva inferior del arco de la evolución de las formas, y esta ronda principió con el hombre Astral, el reflejo de los Dhyân Chohans, llamados los “constructores”. El hombre es el alfa y la omega de la creación objetiva. Según se dice en *Isis sin velo*:

Todas las cosas tuvieron su origen en el espíritu, pues la evolución principió originalmente desde arriba y procedió hacia abajo, en lugar de lo contrario que enseña la teoría darwinista¹³.

Por lo tanto, la tendencia de que habla el eminente naturalista antes citado es inherente en cada átomo. Solo que, si se la aplicase a ambos aspectos de la evolución, las observaciones hechas chocarían grandemente con la teoría moderna, que casi se ha convertido ahora en ley (darwinista).

¹² *Principles of Zoology*, pág. 206.

¹³ Vol. I. pág. 154.

Pero al citar el pasaje de la obra de agassiz con aprobación, no debe entenderse que los ocultistas hacen con ello, concesión alguna a la teoría que hace derivar al hombre del reino animal. El hecho de que el hombre precedió en esta ronda a los mamíferos, evidentemente no está impugnado por la consideración de que estos siguen la estela del hombre.

